

para pasearse por la campiña, á la distancia que permitia la ley en el día santo de descanso: acompañábanle los apóstoles, y le seguía según la costumbre una turba inmensa, entre la que se había mezclado una tropa de fariseos que casi nunca le perdían de vista, determinados y siempre prontos á deshacerse de él á la primera ocasión que se les presentase. La estimación y aprecio que el pueblo le tenía, era el único é invencible obstáculo que encontraban para la ejecución de sus péfidos designios; por lo que uno de sus primeros objetos era desacreditarle para con la muchedumbre, á fin de que perdido á su vista el concepto, les fuese más fácil conseguir su intento.

Los judíos tenían perfectamente distribuidas sus labores campes- tres en razón de que cumplían con la mayor exactitud los diversos preceptos que Dios les había intimado con respecto al ofrecimiento de sus primicias. Ya se había hecho la siega de las cebadas, después que en la fiesta de la Pascua se habían ofrecido los haces ó manojos de las primicias; mas por lo que mira al trigo, aun estaba en el campo, aunque ya casi en sazón algunas semanas antes de Pentecostés, después de cuya fiesta era la costumbre empezarse la recolección en toda la Palestina, habiéndose antes ofrecido los panes de trigo nuevo á los sacerdotes. Peca no solo verosímil, sino muy probable, que los apóstoles estuviesen ocupados la víspera antecedente en las funciones de su ministerio, y que no habiendo tenido lugar para dejar prevenido el alimento necesario para el día

sucedier muy bien que ocho días, y otros muchos mas después del ofrecimiento de las primicias, hubiese mieses maduras en los campos y sucediese el caso que refieren san Mateo en el cap. 12, v. 1, san Marcos en el 2, v. 23, y san Lucas en el 6, vs. 1 y siguientes.

San Epifanio, en la refutación de la heregia de los ebioaeos ó ebionitas, número 32, dice: "El sábado propiamente llamado después de los ázimos, que también se reputaba por verdadero sábado," y asimismo se llamaba día de los ázimos. Esto es, los que les había mandado el Señor en el Levítico (cap. 23, vs. 6 y siguientes). En el mes primero, el día 14 del mes por la tarde, es la pascua del Señor, y en el día 15 de este mes es la solemnidad de los ázimos del Señor. Siete días comeréis pan sin levadura. El primero de estos será para vosotros solemnisísimo y santo; ninguna obra servil haréis en él, sino que en los siete días ofreceréis holocausto al Señor; pero el séptimo día será para vosotros mas selenne y santo que los demás, durante el cual ninguna obra servil haréis en él. Lo mismo se dice en el v. 15 y siguientes; y sobre esto pueden verse el cap. 5 del libro de Josué, Teodoro, Quest. 32, sobre el Levítico y otros varios.

CAPITULO XX.

ACRIMINAN LOS ESCRIBAS Y FARISEOS A LOS APÓSTOLES PORQUE ARRANCAN UNAS ESPIGAS EN DIA DE SABADO Y JESUS LOS DEFIENDE: EN OTRO SABADO CURA EN LA SINAGOGA LA MANO SECA DE UN HOMBRE Y CONFUNDE LA MALICIA DE AQUELLOS.

Tan emponzoñado estaba el corazón de los fariseos contra el Salvador y contra sus apóstoles, que ni aun los unos ni los otros podían hacer cosa alguna, por santa y laudable que fuese, que no la envenenase muy luego su malicia y no formasen sobre ella un crimen, siendo sus quejas mas principales y ordinarias sobre la violación del día del sábado. En uno de ellos, y era el primero del segundo mes, el que según la opinión mas probable se cree sería el sábado después de Pentecostés [1], salió el Señor de Cafarnaum como

[1] Los judíos habían distinguido los primeros sábados después de las tres grandes festividades, con tres diversas expresiones que en cierto modo denotaban las pascuas que les habían precedido. El primero después de la pascua se llamaba Sabbaton protoprotón; el que seguía á la de Pentecostés, Sabbaton deutero-protón, y el de después de la fiesta de los tabernáculos, Sabbaton trito-protón; y como algunos autores y expositores sacros digan sobre este lugar, Sabbaton deutero-protón, esto es, primer sábado después de la segunda pascua, es claro que fué el de después de la pascua de Pentecostés, sin que sea un obstáculo insuperable el que algunos digan que en esta festividad era cuando se ofrecían las primicias de la cosecha; pues podía

siguiente, tuviesen hambre. Pusieronse pues á coger algunas espigas, á estregarlas en las manos y á comer, paseándose, los granos de trigo que podían sacar. No escrupulizaron sobre esta accion tan sencilla, y el Señor que los estaba mirando no les prohibió este pequeño alivio de su necesidad. En esto se descubre la simplicidad evangélica. Comían granos de las espigas porque eran como palomas, de las que es propio comer granos. Tenían hambre, ya en razon de su pobreza, ya por causa de las turbas que los tenían todo el dia en continuo movimiento y ocupacion; con lo que se da á entender á los ministros del Evangelio, sea cual fuese su categoria y clase, que deben posponer la preparacion de la comida corporal á la procuracion de la salud de las almas; sobre lo que dice el venerable Beda [1]: No teniendo los discípulos ni aun tiempo para comer por causa de la importunidad de las turbas, tenían hambre como hombres, pero cogiendo espigas hacían como que la entretenían y consolaban; lo que indica la austeridad y pobreza de su vida, pues cuidaban poco de tener viandas sazonadas, contentándose con las comidas mas sencillas que hallarse pudieran. Pero los hombres envidiosos nada miran que les parezca inocente en aquellos que no aman. De otra manera, ¿cómo sería fácil perder á un enemigo virtuoso si se hubiera de aguardar á que cometiese delitos? Así los fariseos, llenos de aquella orgullosa hipocresía que les caracterizaba en todo lo que á la religion concernía, afectaron escandalizarse sobremanera; y acercándose atrevidos á los discípulos de Jesús les dijeron: ¿Cómo os atreveis á hacer lo que no es lícito en dia del sábado, y así escandalizais al pueblo?

No tuvieron valor para argüirles de infractores de la ley, como ladrones de lo ajeno; porque segun la misma ley era permitido entrar en el sembrado de su amigo ó prójimo, cortar espigas y desgranarlas con la mano [2]; por esto les acusaban de quebrantadores ó inobservadores del dia santo, porque como los discípulos son como los espejos de los maestros, querían que la falta de aquellos, si lo hubiese sido, refluyera contra el Salvador. No buscan la vindicacion de la ley, sino una ocasion para calumniar, ni tampoco podían acu-

[1] Ven. Bed. in cap. 6 Lucæ

[2] Deuteronom. c. 23, v. 25.

sar á otros de infractores de aquella, cuando ellos todavía pecaban contra la ley. El que se entristece cuando otro peca, manifiesta tener un fondo de justicia; pero el que reprende sin misericordia carece de perfeccion.

Mas como el celo que aparentaban los fariseos era mas que celo por la observancia de la ley, un odio inveterado y feroz contra Jesucristo, abandonaron muy luego á los discípulos para dirigirse abiertamente contra él, presentáronsele y le dijeron: ¿No advertís lo que pasa entre vuestros secunaces y familiares? ¿No veis cómo á vuestra vista quebrantan la ley? ¿Cómo es que siendo vos tan exacto observante de ella permitís que tan escandalosamente se infrinja?

No dudó el Salvador que tenía un deber de justificar á sus apóstoles, vindicándoles de una tan calumniosa acusacion; y para lograr esto y desvanecer la imputacion de culpabilidad de que pudieran acusarle, les dijo: Os preciais de sabios, y en vuestra acusacion acreditais bien que no lo sois. ¿No habeis leído lo que hizo David agoviado por la hambre juntamente con sus gentes, en tiempo del gran sacerdote Abiathar [1]? Si lo tuviérais presente, no hallaríais que notar en los míos. Bien veo lo que mis discípulos hacen, pero no advierto en ello un movivo para que los censureis ni reprendais. ¿Dónde está el escándalo y la infraccion de ley que vuestro irritante celo condena? Tenían hambre, cogieron algunas espigas y se comieron sus granos; ¿y por esto son vuestros clamores? ¿Dónde está el quebrantamiento del dia del sábado? ¿Qué diríais si hubiéseis vivido en tiempo de David y le hubiéseis visto entrar en la casa de Dios, tomar los panes de proposicion, comer de ellos y repartirlos á los que con él iban, aunque eran panes consagrados al Señor, y ni David ni sus gentes eran sacerdotes ó levitas? Vosotros no podeis ignorar que segun el rigor de la letra de la ley solo los hijos de Aarón pueden alimentarse de estos panes; mas sin embargo decidme: ¿Cometió David en esta ocasion algun delito? ¿No fué para él un motivo legítimo de dispensacion la necesidad en que se hallaba? No podia negarse un tan público suceso, ni la justificacion de Abiathar, ni la religiosidad de David, ni que aquellos dos hombres virtuo-

[1] Lib. 1. Reg. cap. 21, vs. 4 et seqs.

sos y sabios habian creído muy prudentemente que era mejor dispensarse en caso de necesidad de una observancia legal, que faltar á la caridad que se debe al prójimo y á sí mismo; lo que se infiere que la necesidad hace lícito en algunas ocasiones lo que sin ella sería ilícito. Así que, hambrientos los discípulos se hizo lícito por la necesidad lo que pudiera tenerse por ilícito segun la ley. Los fariseos alababan como un acto de misericordia muy heroico y sublime lo que el Sacerdote sumo habia hecho con David y los suyos, y reprendian tan agriamente la transgresion de los discípulos, que aun querian hacerla reñir contra el Maestro: con lo que se demuestra que patentizaban toda la malicia de su corazon en vez de vindicar la santidad de la ley.

Otras razones de no menos peso y autoridad me asisten para acriminar y condenar vuestra conducta hipócrita y malignante. ¿No habeis leído en la ley que los sacerdotes en el templo no guardan el descanso del dia del sábado y que lo hacen sin pecar? ¿No degüellan las víctimas que se ofrecen al Señor? ¿No encienden el fuego para los holocaustos y hacen otras muchas cosas que en lugar de deshonrar al Señor lo santifican, porque todas ellas tienen por fin el culto de Dios y el servicio del templo? Si pues por el respeto que se tiene al templo consagrado, todo lo que en él se practica exceptúa de la ley á los ministros que en él se emplean, ¿con cuánta mas razon deben juzgarse exentos los que se hallan en la imposibilidad de obedecerla, por satisfacer á mi voluntad y por elegir lo que saben que me es mas agradable que una observancia legal? Sabed por tanto vosotros, *yo os lo digo*, que este que veis en vuestra presencia y á quien os atreveis hacer representaciones tan vivas, *es mas grande y mas digno de respeto que el templo mismo*. Todo lo que es mas conforme á sus divinas inclinaciones se debe preferir al culto exterior de la religion que se practica en la casa de Dios. El hijo del hombre, el primogénito de los hombres, á quien pedis razon de su conducta, como es mucho mayor que el templo es tambien dueño y Señor del sábado: tiene derecho de interpretar la ley y de moderarla, y aun de abrogarla, si lo creyese conveniente. ¿Pudiera pues usar de su autoridad en ocasion mas oportuna y en circunstancias mas puestas en razon?

El Maestro divino, infinitamente sabio, quiso convencer en esta ocasion al incrédulo fariseísmo, no solo con razones y doctrinas ajenas, sino tambien con su propia autoridad. Lo primero con la aseracion de la verdad, porque no hay duda que es mucho mejor el templo espiritual que el figurativo: y si el servicio de este pudo bastar á los sacerdotes de legitima disculpa para la transgresion del dia del sábado, ¿cuánto mas podrá exensar á los apóstoles la fe y creencia en este templo espiritual, que es el mismo Jesucristo, dueño y Señor del templo? Lo segundo los convenció por los afectos de la piedad, porque prefiere el Señor las obras de caridad y misericordia á las ceremonias de la antigua ley; y como el dar de comer á los hambrientos y necesitados es una obra de aquellas tan gratas y aceptas al Dios de la misericordia y de la caridad, y el observar el sábado y ofrecer las víctimas era solo un precepto ceremonial, les patentizó el Señor la mayor importancia de lo primero que de lo segundo. Por último, quiso convencerlos por la manifestacion explícita de su poder, porque él es el que expresamente puede disponer en todo aquello sobre lo que tiene un dominio y autoridad absoluta, y como la tiene en el cielo, en la tierra y todo lo que hay en ellos; podia mandar absolutamente sobre el sábado y sobre sus discípulos, y dispensar á estos de la observancia de aquel. El mismo hizo el sábado por causa del hombre, para que en él descansase y se dedicase al servicio de Dios; pero no hizo al hombre por causa del sábado; por lo que dice san Ambrosio [1]: Así como puso el dia de sábado tambien pudo destruirlo; pues el que lo hizo por causa del hombre, Señor del sábado es; pero quiso tener mas cuidado de la salud de los hombres que de la observancia de aquel dia, permitiendo á sus discípulos que cogiesen espigas y matasen el hambre que los atormentaba. Cristo no está debajo de la observancia de la ley, sino que es el legislador supremo que la manda, y puede dispensarla y mudarla cuando le pareciere; así es que no peca el que para la observancia ó dispensacion de aquel dia se sujeta enteramente á la voluntad de Cristo. La sujecion que quiso tener á la ley fué voluntaria ó de voluntad, y no de necesidad; así que, si algunas veces se

[1] Div. Ambros. lib. 5 in Lucae.

sujeto por humildad, en otras se sobrepuso á ella para demostrar su autoridad.

San Crisóstomo añade [1]: No se hizo el sábado para que el hombre descansa de tal manera en él que todo el día esté sumido en la ociosidad, sino porque en esta ociosidad ó descanso que se le concede se entregue á la meditacion, conozca que Dios es su Criador y el Hacedor supremo de todas las cosas; y aun cuando pretenda averiguar la causa de este mismo reposo, se le patentice la existencia de este Dios Criador, puesto que él mismo, dando la ley del sábado, dijo: *Ninguna obra servil hareis en dicho día, sino tan solamente aquello que pertenece al alma.* Esta es la verdadera santificación de la fiesta, ocuparse la criatura en las cosas puramente espirituales, y desocuparse ó desatenderse de todas las corporales y terrenas. . . . Considera pues bien y mira á los discípulos de Jesús constituidos y colocados en una tan extrema necesidad y pobreza: compadécete de ellos aunque la sufren y padecen con alegría, por el amor á tan santa virtud y por seguir los ejemplos de tan divino Maestro. ¿Qué cosa tan digna de admiracion ver los principes de este reducidos á una tan grande pobreza, que les fuese preciso sustentarse de tan simple comida como los animales, estando presente el Criador Supremo? Admira, oh hombre! á los discípulos de Jesús, así oprimidos por el hambre, y no podrás menos de celebrar su generoso desprendimiento. Ningun cuidado ni afan pasaban por las cosas temporales. Despreciaban las mesas carnales, combatidos estaban de una hambre continua, y con todo eso no abandonaban á Cristo. ¡Oh! ¡cuán dulce era aquella comida para los hambrientos! Les pareció tan exquisita, como aquella antigua del desierto pudo parecer y ser efectivamente para sus padres tan dulce como la miel, puesto que de ella estaba escrito: Les sació de la miel que manó de la piedra. La piedra era Cristo, que es el manjar celestial y la fuente inagotable de aguas vivas que contienen todos los gustos y sabores. Los miraba el Señor y tenía por ellos la mas viva compasion, porque los amaba con la mayor ternura. Sin embargo, se alegraba tanto por lo mucho que ellos con esto merecian, cuanto por el grande ejemplo que nos dejaban, con tanta austeridad y paciencia.

[1] Div. Crisostom. Concione 1.ª de Lázaro.

Indudablemente resplandecieron con este motivo un admirable cúmulo de virtudes, una extremada pobreza, un asombroso desprecio de las pompas mundanas, una pública condenacion de las vanidades sazonadas con diversos condimentos para excitar el gusto del paladar, una templanza verdaderamente santa contra una gula voraz é insaciable, y una fragilidad extraordinaria con la que condenaban la glotonería brutal de los apetitos inextinguibles; porque como dice san Agustín [1]: Coficiarse los placeres y regalos del cuerpo y evitar mañosamente todas sus incomodidades y fastidios, es accion propia de la vida salvaje y ferina. A lo que añadía san Bernardo [2]: Es cosa ridicula querer honrar á los santos con convites, cuando ellos con las abstinencias, ayunos y mortificaciones procuraron agradar á Dios. La insaciabilidad, la glotonería y los deleites debian despreciarse, porque no solo dañan al cuerpo, sino tambien al alma. Mientras se goza el paladar con las delicias de los manjares, se mata el alma del que come, clamaba san Gregorio [3]; comulte pues el sabio los deleites del cuerpo con los del alma, porque el que gusto una vez las dulzuras del espíritu cuida poco de las del cuerpo.

Todo esto, y aun mucho mas, parecia encerrarse en la respuesta de Jesucristo á los maliciosos escribas; y como si no fuera bastante para acriminarles con rigor, les añadió: Sin duda que vosotros no habeis entendido bien aquel celebre texto de uno de vuestros profetas [4], en el que dice expresamente el Señor: Yo quiero mas la misericordia y la caridad que los sacrificios. Si lo hubiérais entendido, no condenaríais tan facilmente á los inocentes; lo que fué decíreis: Empleados únicamente mis apóstoles en obras de misericordia para con el prójimo, siempre mucho mas agradables á Dios que las que mas estrechamente se mandan por la ley, no se reservaron tiempo la víspera del sábado para preparar la comida para alimentarse en él. El Hijo del hombre, dueño de la ley, los dispensa de ella: tiene sus razones para hacerlo, y vosotros, hombres duros y malig-

[1] Div. August. Serm. 49, ad Fratres, in eremo.

[2] Div. Bern. in vigilia S. Andrew.

[3] Div. Gregor. in Pastoral. part. 3.ª, cap. 20.

[4] Osee. cap. 7, v. 6.

nos intérpretes, los habéis condenado sin razon. Por órden del Hijo del hombre se guarda el sábado, y por agradarle y complacerle se ejercita la misericordia: así que, si en la concurrencia de la una y la otra ley, se falta á la del sábado, porque él acepta la misericordia, usa de su derecho y voluntad suprema, verificándose así los oráculos de los profetas. Nunca pudo ser el pensamiento del Señor que por guardar el descanso del sábado se prive el hombre del alimento necesario, ni que este se niegue á las obras de caridad, preferirles á la observancia de aquella ley; porque esta seria una justicia vana, hipócrita y supersticiosa. En la alternativa de que se hallaron los discípulos del Hijo del hombre hicieron buena eleccion, y este, como dueño y Señor del sábado, la ratifica; pero aunque sus respuestas hacen callar á los fariseos y queda altamente reprobada su acusacion criminal, sin embargo perseveran constantes y cada vez mas enardecidos contra la persona del Salvador.

La misericordiosa condescendencia que Jesús habia tenido con sus apóstoles, el modo enérgico y terminante con que les habia defendido, y las extravagantes preocupaciones de sus adversarios, le pusieron en el caso de aclarar dos importantes verdades por la confirmacion de los primeros en la fe que en él tenían, y para la edificacion y ensenanza de todos. En la primera estableció el órden que se debe guardar entre los diversos ejercicios de piedad, y enseñó la preferencia que merece la instruccion de los ignorantes ó el alivio de los desdichados en competencia de las obras exteriores de la ley. Doctrina prudente y saludable que directamente combatia las máximas farisáicas, segun las cuales la dureza mas sin piedad para con el prójimo puesta en paralelo con la transgresion de una observancia legal, era solo una pequeña falta, y aun la hacian meritoria si en el caso de ser imposible el cumplir con las obligaciones se sacrificaban á la ley de Moisés las leyes mas sagradas de la caridad y de la naturaleza.

En la segunda, que tenia una tendencia mas directa á la manifestacion de las importantes verdades que los mismos doctores y maestros de la ley aparentaban desear, pero cuya certeza no querian confesar dominados por la feroz incredulidad que les cegaba, se declaró el Salvador con aquella noble franqueza que le caracte-

rizaba, patentizando la divinidad de su persona, atribuyéndose una autoridad igual á la de su Padre, y haciéndose la aplicacion literal y personal de un texto sagrado, en que el Profeta propone hablando al verdadero Dios, Dios soberano que adoran los judíos, diciéndoles sin rodeos, que es mas grande que el templo y que es el dueño del sábado; porque como Dios, ha impuesto la ley de este dia y ha sido adorado siempre en el templo.

Admirable es, no hay duda, en este caso la conducta del Salvador: con ella muestra no solo el espíritu de justicia de que está lleno, sino el de la sabiduría, integridad y fortaleza que se oculta bajo aquel traje y aspecto tan humilde y pobre, dándonos de esta heroica virtud el mas sublime documento. Con su justicia pone fuera del tiro de los insultos farisáicos la inocencia de sus discípulos, aunque no desconoce que pone en un inminente riesgo su propia tranquilidad, porque la aclaracion de una verdad tan grande como importante que con tanta avidéz buscaban los judíos, debia rendir y desarmar á sus enemigos; mas por desgracia no produjo en su corazon sino la irritacion y la venganza; pero resuelto á apurar todos los tiros de su aborrecimiento, se expuso con gusto á experimentar sus esfuerzos, de los cuales su poder y su sabiduría lo ponian en estado de detener los efectos hasta el punto preciso que juzgase conveniente. Mas en cuanto á su humildad y pobreza, y á la que en esta ocasion resplandeció tambien en sus apóstoles, no cesan los padres de la Iglesia de formar sobre ella los mas sublimes elogios.

Nunca, jamás, dice el Crisóstomo [1], podrá haber un punto de comparacion entre la pobreza de la criatura, por grande y extremada que sea, y la de Jesús; porque él era por su naturaleza divina infinitamente rico, era Dios y Señor de los cielos y la tierra; y no solamente aceptó la penuria de la pobreza, sino hasta las afrentas y oprobios de la misma. Cuando nosotros somos natural ó voluntariamente pobres, y tales nos hacemos por Cristo, nuestra pobreza no es afrentosa, sino meritoria y honrosa, y esto aun para los mismos malos; mas la pobreza voluntaria de Cristo no fué así. Nadie le conocia ni sabia que él era pobre por su voluntad, y por esto era

[1] Div. Crisostom. Hom. 67 in Matk.

mirado con desprecio. Se le miraba privado de casa, de posesiones y de riquezas, y era casi generalmente desatendido: solo era buscado por los ricos y poderosos de la tierra cuando le necesitaban para que sanase sus enfermedades ó para que libertase sus hijos de los demonios, ó los resucitase, y hasta esta misma virtud parecia como eclipsada y perdida á la vista de los mismos que le buscaron cuando ya no le creían para ellos necesario. Tan triste es la condicion de la pobreza, que ni las amistades antiguas, ni los mismos vínculos de la sangre parecen aprovecharle; pues la mayor parte de los hombres rehusan la amistad y hasta el parentesco de los pobres. ¡Qué aberracion! ¡qué ceguedad! ¡qué locura!

Contempla bien ¡oh hombre! la extraordinaria pobreza de Jesús, y observa que no hay otra que con la suya pueda compararse, y de ahí aprende que los pobres no deben ser despreciados porque al Señor representan, aunque sea infinita la distancia que hay de uno á otros pobres, y de una á otra pobreza. Habiendo de nacer al mundo, no eligió una espléndida casa ni una madre rica, sino pobre, y la dió por esposo un humilde artesano. Nació en un establo y fué reclinado en un pesebre. Queriendo elegir discípulos, no los escogió presidentes ó magistrados, ni sabios, ni ricos, ni nobles, sino pobres, y entre los pobres los mas innobles é idiotas. Tratando de ponerles una mesa, no les puso sino pan de cebada, y alguna vez lo mandó comprar de la plaza. Si les brindó con un asiento, les mandó sentar sobre el heno. Su vestido siempre fué humildísimo. Sus viajes siempre fueron á pié, y para sentarse él mismo, nunca tuvo otro asiento mas que la dura tierra. Ni tuvo cama donde morir ni sepulcro donde enterarse, y esto siendo el Rey inmortal de los siglos y el Señor de todo el universo. Contempla esto, ¡oh hombre! y avergüenzate de no imitar á Jesús y de despreciarle en los pobres que le representan.

En el sábado siguiente entró el Señor segun su costumbre en la Sinagoga para enseñar, porque en los dias de sábado era mayor la concurrencia del pueblo en aquel lugar. Sabia bien su Majestad que lo acechaban; mas no por eso dejó de predicar y de obrar un nuevo milagro á la vista de sus adversarios, aunque ya tenia previstas todas sus consecuencias. Obraba el Señor como los astutos

cazadores, que tienden sus lazos y redes donde conocen que concurren con mas abundancia las fieras y las aves, porque queria salvar á todos los hombres y atraerles al conocimiento de la verdad [1], en cuya accion resplandecen principalmente tres cosas. La primera es la fortaleza de su espíritu y la magnanimidad y grandeza de su corazon; pues no solo no temia las asechanzas de sus enemigos los escribas, sino que verdaderamente puedo decirse que los buscaba, presentándose sin miedo donde ellos estaban y donde sabia habian de presentarse nuevas ocasiones para redargüirles y confundirlos, condenando de este modo la cobardía y pusilanimidad de aquellos que debiendo hacerlo no tienen valor para desplegar los labios en defensa del prójimo injustamente ultrajado ó calumniado. La segunda es la veracidad de su doctrina; y así como Dios infinitamente veraz, que siempre la verdad habla, enseñaba en público y no en secreto, por lo que pudo decir á los pontífices y magistrados en el dia de su juicio, cuando buscaban falsos pretextos y testigos para condenarle: Yo he hablado siempre públicamente á la faz de todo el mundo, y en secreto nada hablé; ¿por qué me preguntais á mí? preguntad á los que me oyeron. Esto es, contra la perfidia y mala fe de los herejes, los que mas habian en secreto que en público; porque como enseñan la mentira y el error, no se atreven á pronunciar sus doctrinas sino como á escondidas y cubiertos con el velo misterioso del incógnito ó con el negro de las tinieblas, por ser propiedad del que obra mal aborrecer la luz y no venir jamás á ella para no ser redargüido por sus obras. Y en tercer lugar se descubre la inmensidad de su celo, porque en cuanto hacia solo se proponia la mayor gloria de Dios su Padre y la santificación y salvacion de las almas, confundiendo y condenando de este modo el hipócrita designio de todos aquellos que en cuanto hacen solo buscan la gloria vana, el lucro y las comodidades temporales.

Tampoco concurrían á las sinagogas con deseo de aprovecharse de las lecciones y doctrinas que en ellas se daban, todos los que asistian, porque muchos de ellos eran enfermos, paralíticos ó lisiados, y se presentaban ó se hacían conducir por ver si conseguían la sa-

[1] Ven. Bed. in cap. 6 Lucæ.

lud del Médico Soberano, que no permitia que alguno se marchase sin ella. Este deseo tan natural en la criatura, unido á una gran fe, llevó entre los asistentes á uno que tenia seca la mano derecha, el que queria pedir á Cristo que lo curase de su enfermedad. Los escribas y fariseos habian concurrido por un motivo realmente distinto: la envidia y la venganza guiaban sus pasos, y á pesar de ser tan torcidos se amartillaban por observar los del Salvador; y como no dudaban que á las sinagogas concurririan con mas frecuencia los enfermos, y que el Señor no se resistia á las súplicas de los afligidos, era aquel lugar donde le esperaban para ver qué resolución tomaria, con ánimo de quejarse altamente de su proceder, levantar contra él una sedicion, y hacerle perecer en medio de la confusion y el tumulto.

Para conseguir tan depravado intento, no dudaron en que les era indispensablemente necesario excitar animosa y vivamente el celo del pueblo en favor de la ley y contra Jesucristo; pero su Majestad, que siempre obraba preventivamente, procuró con mayor firmeza grangearse su afecto, obrando con tanta precaucion, como si no fuera dueño de los corazones, como si no pudiera moverlos y obrar á su arbitrio, y como si se viera precisado á tomar como los demás hombres todas las medidas ordinarias de la prudencia.

Cual aguerridas huestes formadas en batalla y ardiendo en coraje y rabia que á su parecer están seguras de la victoria, para quienes toda dilacion es sumamente molesta, y que observan el curso rápido del sol temerosos de que su llegada al ocaso no les estorbe conseguir el apetecido triunfo, se hallaban los fariseos acusando de tardía la prudencia de Jesús porque no empeñaba la accion. Ellos miraban sus combates como de hombre á hombre, en los cuales muchas veces acostumbra el mas audaz á conseguir la victoria: por esto no quisieron esperar que el Salvador diese la señal de la acometida, sino que ellos mismos le atacaron bruscamente con una pregunta capciosa, con la cual imaginaron aturdirle y embarazarle. *¿Es lícito, le preguntaron, curar en día de sábado?* Su propia precipitacion desconcertó sus ideas y destruyó enteramente sus planes; así que, cuando ellos esperaban una respuesta categórica y general con la que pudiesen manifestarse escandalizados, y apoyar so-

bre ella su plan de persecucion: supo el divino Maestro eludir su malicia, buscando entre la concurrencia un infeliz que excitase su compasion, para que avivados en todos los sentimientos de humanidad, fuese mas luminosa é irresistible la justicia de su respuesta y mas afrentosa para ellos mismos la propia confusion de los adversarios.

No estaba lejos del Salvador un infeliz que tenia seca y sin movimiento su mano derecha; á este llamó la Bondad divina y le dijo: *Levántate, ven acá, permanece en pié ahí en medio á la vista de todos.* Y dirigiéndose luego á los escribas, les dijo: *Voy ahora á haceros una pregunta, y espero á ella una contestacion franca y decisiva: ¿Creeis vosotros que en el día del sábado es permitido hacer bien al prójimo, ó que es mas á propósito ese día para procurarle mal?* Decid, *¿cuál es mejor segun vosotros, librar á un hombre en tal día, ó dejarlo perecer por no darle socorro?* Aterrados quedaron los que se preciaban de maestros y doctores de la ley al oír las preguntas que les dirigia la Sabiduría increada: y temiendo que el pueblo, á quienes habian tratado de sorprender y enganar, se indignase contra ellos si se avanzaban á decir que las obras de caridad estaban prohibidas y proscritas en día de sábado, y que era mejor ver friamente morir á un hombre en tal día, que darle la mano y socorrerle para librarle del peligro: se quedaron mirando los unos á los otros sin atreverse á responder, pues cualquiera que fuese su respuesta habia de producir efectos totalmente contrarios á los que deseaban, y sobre todo su propio descrédito. La presuponesta, que en ellos hubiera sido la mas consiguiente, habria excitado la animosidad del pueblo, que guiado ya por la rectitud de la razon y la justicia, tal vez no se hubiera contenido dentro de los límites de la prudente y justa moderacion, y los hubiese destrozado. Y la contraria era la confesion de la santidad del Salvador, y por consiguiente la de su propia criminalidad é injusticia.

Su vergonzoso silencio era una prueba prositiva de su derrota; y queriendo el Señor estrecharlos todavia mas, les dijo: *¿Nada respondéis? Yo juzgo de vuestros pensamientos por el modo con que sois conduciros en ocasiones mucho mas importantes, y así decime: ¿Habrá alguno entre vosotros que viendo á su oveja caída en*

el hoyo en el día del sábado no corra luego á levantarla y sacarla del precipicio? ¿Y qué es una oveja en comparacion de un hombre? Alejad pues ese silencio ruboroso que os oprime, y ni aun casi respirar os permite: confesadlo de buena fe y publicad que es lícito y permitido ejercitar la misericordia en el día del sábado. El pueblo manifestó quedar sumamente complacido al oír de la boca de Jesús esta importante aclaracion, y las miradas de gozo, veneracion y respeto que le dirigian, eran un indicio inequívoco de su atenta y afectuosa gratitud.

No necesitaba esta demostracion pública de aquiescencia á su doctrina y adhesion á su persona, para dirigir su vista hácia el lugar que ocupaban los escribas y lanzar sobre ellos una mirada ardiente de indignacion, mezclada sin embargo de piedad por la ceguedad de sus corazones; después de lo que, revistiéndose al parecer de la autoridad propia de un Dios que va á obrar un gran milagro á la vista de un pueblo incrédulo, para autorizar su divinidad, volviéndose al infeliz que esperaba con fe el momento de la misericordia y de la gracia, le dijo: *Extiende esa mano que tienes seca*: y obedeciendo sin réplica tan terminante mandato, la extendió á vista de todo el pueblo, y al momento volvió á su estado natural la mano seca y la vieron como la izquierda, llena de carne, con fuerza y movimiento.

Sobre este cúmulo de hechos y doctrinas importantísimas hablan los santos padres y doctores, discurrendo con aquella elegancia, profundidad y sublimidad que á cada uno caracteriza y distingue. El venerable Beda [1] dice: Porque excusó y defendió altamente á sus discípulos cuando los acriminaban sin justicia los fariseos por la supuesta infraccion del día del sábado, poseidos de venganza le observaron tambien á él con ánimo decidido de calumniarle si curase en el día mismo. En este caso le acusarian de infractor de la ley, y si no curase le condenarian como imbécil y cruel, porque eran inicuos observadores de los hechos y de todas las palabras de Jesús. En las suyas eran fingidos, traidores en sus hechos, y sarcásticos é insultadores aun cuando le vieron entre tormentos. Conocia

[1] Ven. Bed. in cap. 5 Lucae

muy bien el Señor toda la malignidad de sus pensamientos, y por esto mandó al enfermo que se acercase á él, que se levantara y permaneciese en pié en medio de todos, para que el milagro fuese mas manifiesto, para que fuese mas terriblemente redargüida y confundida la malignidad de aquellos tan obstinadamente ciegos, y para que aunque con otras palabras reproducida la misma cuestion que ellos movieron, fuesen ellos mismos los que se viesen forzados á dar la cumplida solucion. Su vergonzoso silencio motivó la propuesta del caso de la ovejuela caída en el hoyo y precisó al Señor á que la resolviera, primero con palabras declarando que era lícito y permitido sanar á un enfermo en día de sábado, puesto que lo era sacar á un animal de un hoyo, siendo tan notable como es la diferencia entre un hombre y un animal irracional, y el motivo que media entre la curacion del primero y dar la libertad al segundo; aquel fué criado á imágen y semejanza de Dios, el otro no: y si este por no sufrir una pérdida temporal se saca del precipicio en que cayó, aunque sea día de sábado, ¿no deberá curarse con mas razon el otro interesando tal vez no solo la salud temporal, sino tambien la eterna?

San Crisóstomo destruye con muy pocas palabras toda la superchería de los fariseos, y dice [1]: A vosotros os es lícito salvar una oveja en día de sábado, ¿y á mí no ha de serlo el salvar á un hombre dándole la salud? Ni trabajo para ello la medicina, ni aun mi mano sobre él extiendo; solo hablo una palabra y el enfermo queda sano: por ello no quebranto la ley de vuestro sábado; sin una obra material consumo la obra de la virtud. ¿En qué se funda pues vuestra acusacion? Sois avaros, ¡oh fariseos! Amais mas á una oveja que al hombre que es vuestro prójimo. Alabais el socorro que al animal se presta, y acusais de criminal la caridad que con el hombre se ejerce. Y el doctor Máximo [2] dirime con muy pocas palabras esta cuestion. Si por consultar, dice, no el bien del animal, sino vuestra criminal avaricia, os dais prisa para sacar en día de sábado á uno que cayó en la fosa, ¿con cuánta mas razon yo podré por caridad libertar y curar en el mismo á un hombre que es sin

[1] Div. Crisostom. Hom. 67 in Math.

[2] Div. Hieronim. in cap. 12 Math.

comparacion alguna mucho mas apreciable que la oveja? Los malos deseos y las malas obras son una verdadera violacion del día del sábado, no las obras de caridad. Interpretando la ley á vuestro capricho, decís osados que en aquel día debe abstenerse el hombre de obrar el bien, siendo como es muy cierto que solo debe abstenerse de obrar el mal; así es que se os dice [1]: *Ninguna obra servil haréis en él*; esto es, ningún pecado, porque el que lo comete es siervo del pecado, y el que peca no gozará del descanso eterno que el Señor tiene prometido á todos los que observan los preceptos de su ley.

A la doctrina incontestable del Salvador siguió repentinamente el milagro, que siendo tan público llenó de desesperacion á todos sus rivales y enemigos, los que no pudiendo desvirtuar por sí solos la altísima reputacion que con estos hechos tan continuados se adquiría, ni romper los vínculos con que cada día unía y estrechaba mas el pueblo sencillo y fiel, convirtiendo su furor en extravagante locura, salieronse fuera prontamente y comenzaron á decirse los unos á los otros: ¿Qué haremos con este hombre, que con tanta prontitud como facilidad se desenreda de los lazos que le armamos y los convierte contra nosotros? Está visto que por nosotros solos no podemos; preciso es buscar quien nos ayude: con cuyo designio eligieron por compañeros á algunos cortesanos de Herodes, tetrarca de Galilea. No es extraño: salian de la vista del sol, no debían ver sino tinieblas; se apartaban de Cristo, luz verdadera, no podían menos de caer en lamentables precipicios. Dejaban al autor de la vida, debían morir para siempre, porque debían morir en su propio pecado. Crimen tanto mas horrible cuanto que no se apartaban de él solamente para dejarle, sino para confabular y concertar entre los compañeros de iniquidad el modo de perderle y matarle.

No hay duda que la liga proyectada no daba crédito ni reputacion á los escribas, porque los herodianos eran conocidos por hombres sin religion. ¿Pero á dónde no recurrirá el malvado, y de qué medios no se valdrá cuando trata de deshacerse de un rival tan justo y poderoso como Jesús, al que tantos testimonios públicos de su

[1] Exod. c. 20, v. 10. Levit. c. 25, v. 3.

divinidad hacian sobremanera temible y amable? Nada se ocultaba empero al justo contra quien se coligaban, y aunque no los temia, resolvió ponerse por entonces á cubierto de la persecucion de los fariseos, porque esperaba el día que la providencia incomprendible de su Padre tenia señalado para el sacrificio; pero le bastaba para conseguir su objeto y desconcertar completamente los planes de los envidiosos, todo lo que logró retirándose lo restante del día á las riberas del mar de Galilea.

ORACION.

Señor Dios Omnipotente, que pusiste á la disposicion de los hombres todas las cosas que están bajo la bóveda del cielo, para que solo el hombre, á tí sujeto, viviese en el mundo seguro. Que criaste todas las cosas exteriores para servicio del cuerpo del hombre, pero al cuerpo para servicio de su alma, y al alma para que á tí solo amase y sirviese. Que das pasto y comida á los jumentos y fieras del campo, á las aves del cielo y á los peces del mar; concédeme todas las cosas necesarias para la vida, á fin de que provistas así por tí mis necesidades, pueda mas desahogadamente consagrarme á tu servicio; y en todas las necesidades y penurias concédeme una paciencia safrida y una resignacion santa para que jamás me desmaye. Mira, Señor, que soy manco é inválido para obrar el bien; sáname pues por tu misericordia, y hazme bueno, apto y fuerte para todo aquello que conduzca á procurar tu mayor gloria. Haz que extienda mis manos á la justicia y no á la iniquidad, para que asociado y coronado con los justos eternamente te alabe. Amen.

NOTA. La historia de este capítulo se halla en el XII de san Mateo, desde el versículo 1.º hasta el 15, y en el VI de san Lucas, desde el versículo 1.º hasta el 11, todos inclusive.

La Iglesia no usa la letra textual de este Evangelio como propia de ningún día: sin embargo, siguiendo la costumbre adoptada, ponemos el de san Mateo que dice así:

EVANGELIO DE SAN MATEO.

Capítulo XXII, versículos 1.º al 15.

En aquel tiempo pasando Jesús en el día del sábado por junto unos sembrados, sus discípulos teniendo hambre empezaron á coger espigas y comer los granos. Y viéndole los fariseos le dijeron: Mira que tus discípulos hacen lo que no es lícito hacer en sábado. Pero él le respondió: ¿No habeis leído lo que hizo David cuando él y los que le acompañaban se vieron acosados de la hambre? ¿Cómo entró en la casa de Dios y comió los panes de proposición [1], que no era lícito comer ni á él ni á los suyos, sino á solos los sacerdotes? ¿O no habeis leído en la ley cómo los sacerdotes en el templo trabajan en el sábado, y con todo eso no pecan? Pues yo os digo que aquí está uno que es mayor que el templo. Que si vosotros supiésteis bien lo que significa, mas quiero la misericordia que no el sacrificio, jamás hubiérais condenado á los inocentes; porque el Hijo del hombre es dueño aun del sábado. Habiendo partido de allí entró en la Sinagoga de ellos, donde se hallaba un hombre que tenia seca una mano, y preguntaron á Dios para hallar motivo de acusarle, ¿si era lícito curar en día de sábado? Pero él les dijo:

[1] Los panes de proposición ó de ofrenda eran doce; los que se ofrecían todos los sábados á Dios en el tabernáculo en nombre de las doce tribus. Haciéndose de harina floreada, y cada uno de ellos debía tener dos décimas de un Eph, esto es, de una medida que equivale muy poco mas de tres celemines y medio castellanos: se colocaban sobre una mesa limpiísima, seis á un lado y seis al otro, la que se ponía ante el Señor. Sobre los panes se ponía incienso muy fino, claro y trasparente, para que fuese tambien un monumento de oblation al Señor, y una y otra ofrenda eran un pacto ó fuero perpetuo que los hijos de Israel tenían obligacion de ofrecer á Dios. El Señor les cedió á Aron y á sus hijos por derecho perpetuo, para que los comiesen en el lugar santo, por ser cosa santísima y ofrecida al Señor. (Levit. c. 24, vs. 5, 6, 7, 8 et 9.)

¿Qué hombre habrá entre vosotros que tenga una oveja, y si esta cae en una fosa en día de sábado, no la levanta y saque fuera? ¿Cuánto mas vale un hombre que una oveja? Luego es lícito el hacer bien en día de sábado. Entonces dijo al hombre: Extiende esa mano. Alargóla, y quedó tan sana como la otra. Saliendo empero de allí los fariseos, se juntaron para urdir tramas contra él y perderle. Mas Jesús entendiendo esto, se retiró.

CAPITULO XXII

